

La lucha estaba en todo su vigor: los sitiadores reducían cada vez más el círculo de hierro, y los combatientes llegaron á estar á tan pequeña distancia, que se distinguían los rostros enfurecidos de los que peleaban por las distintas causas.

II.

De pronto un anciano realista, soldado de un pelotón que resistía el ataque rodilla en tierra, se irguió en toda la extensión de su aventajada estatura: sus ojos fulminaron un rayo de cólera suprema; sus manos convulsas sujetaron vigorosamente el fusil, que se tiró á la cara, y haciendo blanco en un punto cubierto por paredones ruinosos, disparó una vez, otra y otra más.

Su actitud apocalíptica, sus ademanes sombríos, la fiera de su expresión y el estupor que causó en uno y otro bando que un hombre despreciara la vida, exponiéndose á ser acibillado por las balas insurgentes, suspendieron el combate por breves instantes.

Y el anciano, avanzando resueltamente con el arma al brazo, como el cazador en acecho, se detuvo á diez pasos del paredón:

—¡Maldito seas, hijo de mis pecados!! —barbotaron sus labios, ennegrecidos por la pólvora.—¡¡Tú, que te rebelas á tu padre y á tu Rey, maldito seas!!!....

El hijo, un mancebo insurgente, mudo de espanto y de terror ante la tremenda visión del padre que le maldecía, recibió el proyectil en mitad del pecho, abrió los brazos, y cayó para siempre....

El sol se hundía en un lecho de púrpura; la noche comenzaba á extender su tachonada clámide por el azul sombrío del firmamento; los magueyes de la llanura, en apretadas filas, semejaban religiosas en oración, levantando al cielo sus piadosas manos, y cuando la esquila de un templo invisible y lejano tocaba el "Angelus," el alma del Anáhuac, conmovida, recibió en su seno al humilde patriota que había muerto á manos del mismo á quien debiera el sér.



ALEGRIA HEROICA.

(Sitio de Cuautla. 1812.)

"Estrechados por nuestras tropas y afligidos por la necesidad, manifiestan alegría en todos los sucesos, entierran sus cadáveres con repiques, en celebridad de su muerte gloriosa, y festejan con algazara y bailes el regreso de sus frecuentes salidas, cualquiera que haya sido el éxito, imponiendo pena de la vida al que hable de sus desgracias ó de su rendición."

(Carta de Calleja al Virrey Venegas, 24 de Abril de 1812).

I.

En la mañana del 17 de Febrero de 1812. Morelós, de pie, rodeado de Leonardo Bravo, Galeana, Matamoros y unos cuantos costños de su escolta, hablaba así al anciano parafítico que le acababa de recibir en su huerta de Cuautla:

—Sí, mi señor Don Pablo, gracias: sus hijos Anselmo y Dionisio nos han sido muy útiles en Izúcar y en Chilapa; con hombres como ellos, haremos cumplir la voluntad de Dios, humillando á los orgullosos europeos en nuestra América independiente.

Súbito esplendor iluminó los grandes ojos del caudillo. Habíase quitado el sombrero de anchas alas, y su cabeza, envuelta en blanco pañuelo, bañada en un rayo de sol que se filtraba por entre las anchas hojas

de los plátanos, aparecía nítida sobre la negra barra de sus cejas unidas y espesas.... Y el albo lienzo empapado en sol, bajo el follaje de la huerta, le creaba un espléndido nimbo.

El anciano, clavado en su "equipal," oía extático....

—¡Señor, he dado á "su mercé" lo que más adoro en el mundo: mi hijo y mi nieto; no me queda nada que valga que pueda ofrecerle....

En aquel instante una ráfaga llevó por entre el ramaje los ecos de lejano cantar y rumores de femeninas risas juveniles.

—Parece que hay aquí quien canta y se ríe—observó Morelos.

—¡Ah!..... sí..... ¡esas muchachas!.... Vea "su mercé" si no es triste que se pongan á cantar en estos momentos, la víspera de una batalla.... Son mis nietas, hermanas de Dionisio..... ¡Siempre contentas, siempre riendo, siempre cantando!.... Por eso ni las cuento.... ¿De qué pueden servir en la guerra las mujeres?

—¡Bendito sea Dios! ¿Con que tiene mi señor Don Pablo tres nietas que saben cantar y reír constantemente, aun en los peores trances?.... Y se lamenta, teniendo en casa tanta alegría, cuando por algo creó la Providencia, además de los pájaros y de las flores, á las mujeres que saben reír y que saben amar. ¿No es verdad, Galeana?

El duro rostro del surlano se iluminó orgullosamente, halagado en su gusto por la guerra y por el amor. El viejo Don Leonardo sonreía bondadoso, mostrando su blanca y fuerte dentadura; Matamoros inclinaba sobre el hombro izquierdo la rubia cabeza, descubierta también, los ojos bajos, pero sonriente, contagiado por la generosa alegría del héroe.

El paralítico gritó:

—¡Marí, Lucha, Tere!

Al punto, por entre la verde espesura, se presentaron tres lindas muchachas. Llegaban sudorosas, descalzas, arriba del tobillo el borde de los zagalejos, en camisa, desnudas las gargantas y los morenos brazos, sonrientes y curiosas.

—Aquí las tiene "su mercé." Marfa, la

menos alegre, se pasa el día rezando: le llamo Mari la india; Teresa, ora y canta; y le digo Tere la criolla; y ésta, la "xocoyota," la menorcita, la peor y la mejor, se llama Luz: no hace más que reír y cantar.... Y por su risa, por su tez más obscura, por sus ojos endiablados, por su cabello corto y crespo, por su amor por el canto y el baile, la he nombrado Lucha, la "mulata."

Matamoros había levantado al fin sus azules ojos; Galeana chasqueó la lengua; Don Leonardo asintió con ademán de perito que aprueba, y Morelos, encantado, puso la mano izquierda sobre la crespa cabecita de Luz y con la derecha le acarició la barba, levantándola dulcemente, mirando con los suyos, serenos y nobles, los ojos de lumbre de la gentil "mulata."

—¡Conque te llamas Luz y tu señor abuelo te ha puesto Lucha?.... ¡doble símbolo divino!.... Como Luz, darás alegría á los hombres; como Lucha, les darás ánimo para combatir.... Señores: el Virrey Venegas acaba de nombrar Mariscal á Calleja; pues yo, con mejor derecho, nombro á esta muchacha "Mariscala de la Alegría" en Cuautla de Amilpas....

—Ya sabes.... tu oficio será estar siempre contenta, siempre riendo, cantando siempre!....

Y aquel hombre extraordinario, que tenía recursos para todo, que todo lo utilizaba y todo lo preveía; aquel hombre jovial y terrible, agregó solamente:

—Feliz tú, María, que sabes dar el alma á la oración; tú vivirás y rezarás por nuestros muertos, por nuestros muertos que nos bendecirán desde el cielo, mientras los vivos nos batimos alegremente. A tí, Tere, que cantas tanto como rezas, te encomendaré nuestros heridos, los curarás, los consolarás con el canto y con la oración. Y tú, Mariscala, acuérdate de que eres Luz, Luz de Cuautla, que nunca está triste.... ¡Con esta luz iluminaré mi ejército!

Y ella contestó, franca y zalamera:

—¡Por alegría no ha de quedar; reiré y cantaré hasta morir!

II.

El sitio de Cuautla fué una génesis de relámpagos, un inaudito centellear de chispas épicas cuyo fulgor perduraría en el alma insurgente con un presagio de final victoria.

Desde luego el primer choque, la mañana del 19 de Febrero, fué un estupendo duelo de bravura á bravura. El asalto de Calleja asumió fiera solemnidad antigua, grave relieve de actitud hispana frente á un adversario igual y digno.... La "carga" de las cuatro columnas realistas contra las trincheras de San Diego, fué clásica y gentil, como de viejos hidalgos. "Al paso redoblado" y los fusiles "embrizados," los batallones de "Granaderos," de "La Corona," "Guanajuato" y "Patriotas de San Luis," avanzaron, llevando á su frente, en alto, las espadas, fulgurantes las pupilas bajo los tricornos, caballeros en corceles de lujo, regalos del Virrey á los Coroneles Don Juan Nepomuceno Oviedo y el Conde de Casa Rul.

A retaguardia, dentro de su carruaje, altivo y desdeñoso como un príncipe con sus pomposos oficiales de Estado Mayor á caballo ante la portezuela, Don Félix María Calleja del Rey esperaba el parte de la toma de Cuautla de Amilpas.

Al frente de las "columnas," entre los intervalos de las "secciones," adelanta una batería, en tanto que á los "flancos," á lo largo de las cercas de la Calle Real, van á "paso veloz" los indios "gastadores," cargados con hachas, sacos de tierra, bolsines de pólvora, barretas y tablones, fácil carnaza que horadará los muros, colmará los fosos y volará las puertas, allanando á las columnas el camino del asalto.

La batería de vanguardia "hace alto" á medio tiro de cañón; los artilleros "desata-lajan" las piezas, y correctamente, como en una "parada" ante el monarca, ejecutan á compás los "tiempos de la carga," y con salva de honor rómperse el fuego contra Cuautla.

Y entre la nube azufrosa relampaguean las espadas de los jefes señalando las trincheras, y repercute en el valle perfumado

y florido el grito de guerra de los realistas: "¡Viva el Rey!"

La "sección" de granaderos de la descubierta hace sus primeras descargas y, "armando la bayoneta," avanza á tramos al "paso veloz," mientras los cañones empujados á mano, ruedan hacia la Plaza, con fragoroso estruendo entre el humo y el polvo.

Allá, dentro de Cuautla, un grave silencio de espera; y tras los parapetos, los fusileros de Galeana, el arma tendida, listo el pedernal para "dar chispa," atentos á la avalancha que se precipita. Y una brisa fresca, bajada de las cumbres blancas del Popocatepetl, pasa como una caricia generosa sobre ellos con el plomo de la muerte.

El impetuoso Galeana, que la víspera salvara á Morelos, arrancándolo á filo de machete y punta de lanza de los dragones de Calleja, esgrimiendo ahora su vieja carabina, corre de un sitio á otro del recinto, reproduciéndose y multiplicándose, hasta rugir la orden de fuego.

Y entonces es cuando principia la refriega entre el aullar de los asaltantes, el desgranamiento de la fusilería y los estampidos del cañón.

Los granaderos que han llegado al pie de la trinchera, ahí quedan cadáveres; de las torres de San Diego y Santó Domingo truenan certeros escopetazos, y el "Niño" y las demás piezas insurgentes enfilan las columnas de asalto y á su vez ensordecen la atmósfera entenebrecida.

En las huertas próximas á los flancos de la Calle Real, el plomo rasga las hojas de los plátanos, acribilla los abanicos de las palmas, sacude las hojas de los naranjales y limoneros y destroza las frondas de los tamarindos.

—¡Viva el Rey! ¡Viva Nuestra Señora de los Remedios!

—¡Viva la América! ¡Viva Nuestra Señora de Guadalupe!

El Capitán Segarra, jefe de la batería realista, frenético, adelántase, clamando injurias homéricas contra los caudillas independientes, desafiándolos, paladín antiguo, á singular combate. Y hé aquí á Galeana, que

al oírlo, responde al reto con un alarido, y subiendo la trinchera, la carabina en la diestra, abierta por delante la chaqueta de cuero, levantada el ala del "chilapeño," el ancho machete sujeto en la izquierda, salta al encuentro del Capitán cuyo uniforme rojo y oro lo atrae cual nueva provocación. Lid cuerpo á cuerpo en lo alto de la trinchera, y ambos disparan sus armas á quemarropa; y Segarra rueda ensangrentado. Y Galeana se precipita sobre el cadáver, evitando la racha de plomo realista, y agarrándolo de un pie lo arrastra y lo arroja al fin dentro del recinto.

Y muerde el polvo, á su vez, al frente de las columnas estrelladas y diezmadas, en plena furia, desesperado, el bravo Conde de Casa Rul, y expira también en la refriega fragorosa el generoso Don Juan Nepomuceno Oviedo, cuyo Regimiento le adora, pero que no podrá vengar su muerte....

Abatiendo cercas y escalando muros el Batallón de Granaderos, disperso y audaz, intenta flanquear y caer dentro de la Plaza, en tanto que el Regimiento de la Corona queda en reserva á retaguardia, á las órdenes directas del propio Calleja, quien, abandonando su coche, recorre á caballo las filas, blanco de rabia, estupefacto.

Y cuando al fin los asaltantes rompen el círculo que cierra el flanco de San Diego, colmando los fosos, desmoronados los primeros parapetos; cuando al fin, á bayoneta calada, van á entrar á la brecha, seguidos por los dragones de la reserva, en alto los grandes sables, á los gritos de ¡Viva el Rey! al mismo tiempo que dentro el pánico aúlla: ¡han matado á Galeana! cuando al más desesperado empuje la Plaza va á caer, á rodar, moribundo, el último artillero de la pieza que guarda aquella calle, cuando el tropel realista se avalanza en masa con clamor de júbilo, el niño Narciso Mendoza da fuego al cañón, y un relámpago-estampido barre súbitamente con la tromba....

En aquel momento Hermenegildo Galeana, jadeante, salpicado el rostro de sangre, blandiendo la "moruna," grita ronco sobre los escombros, envuelto en humo:

—En el nombre de Dios, ¡viva la América!

III.

Al comprender Morelos días después, que Calleja sitiaba duramente á Cuautla, reforzado con las tropas del Brigadier Llano, que no pudieron tomar á Izúcar, expidió su más breve, fúlgida y heroica proclama: ¡alegría!

¡Alegría! Y esto fué todo. Esta sola palabra es el secreto de la inaudita epopeya.... Aquel Capitán, jovial y terrible, excluyó de su ejército toda idea y todo sentimiento de tristeza, aun ante la muerte.

La primera fiesta en Cuautla fué un entierro, el entierro de los que cayeron en los combates de 18 y 19 de Febrero.

Espléndidos funerales. Al levantarse el sol sobre las lomas de Zacatepec, las campanas de Santo Domingo y San Diego poblaron los ámbitos del valle con gloriosos repiques entre el brusco estallar de los cohetes y los ecos prolongados y tenaces de las guitarras serranas.

—¡Paz y gloria á las almas de los valientes que murieron en la guerra santa para resucitar en el Señor, y alegría nosotros mientras llega la hora del último sueño! Alegría, muchachos, que Calleja nos ha puesto salón mejor que el del Virrey para bailar á gusto!....

Ante esta elocuencia magnánima, sonreían los costños de Hermenegildo Galeana, tan prontos á la risa estrepitosa en el baile, como al alarido de la guerra en el combate, diestros en la esgrima de sus toscas lanzas; y sonreían también los serranos que acaudillaban el rubio Cura Matamoros y el buen Don Leonardo Bravo, listos en el manejo de sus anchos y filosos machetes y hábiles cazadores, que amaban tanto á su trabuco ó escopeta, como á las hembras de "su querer."

—Aquí tienen ustedes á Lucha: este primer ha merecido la honra de que le nombremos Mariscal de la Alegría, en atención á su alto mérito de no saber otra cosa en la vida sino reír, cantar y bailar!—ha-

bía dicho el héroe aquella mañana á la flor de sus valientes, en la plaza de Santo Domingo, después de dejar dormir, bajo el atrio de la Parroquia, los cuerpos de las primeras víctimas.—¿Verdad que sabrás merecer este título delante de esos muchachos, llenándoles el alma de alegría con la lumbré de tus ojos y la música de tus canciones y tus risas?....

—Ya se lo dije á “su mercé”—contestó Lucha, sonriendo y cimbreado coquetuella su cuerpecito adolescente—¡le juro que he de cantar y bailar hasta morir!

IV.

Fiestas y combates. Mientras la mitad de la gente cavaba fosos, levantaba trincheras y edificaba reductos avanzados ó reparaba las brechas, trabajando y batiéndose, la otra mitad descansaba, festejando la gloria de la muerte.

La Mariscala de la Alegría cumplía á conciencia con su misión: era el alma regocijada, musical y luminosa del pequeño ejército insurgente.

En las “jamaicas de flores,” en la exuberancia tropical de las huertas, cerca de los plantíos de caña de azúcar, entre los naranjales y tamarindos; á las sombras de los plátanos, las palmas y los limoneros; en pleno esplendor primaveral de Marzo en Cuautla, la gentil rapaza danzaba y reía al son vibrante de las guitarras y de las canciones de quejumbroso y persistente ritornele.

Críolla del Sur, biznieta de anónimo capataz español y de una mulata veracruzana, adunaba la bravía y recia elasticidad felina de su cuerpo á la ternura inagotable de una almita sencilla, de un corazoncito de paloma....

Ella era, entre todas las muchachas que alegraban las fiestas, la más incansable en cantar y bailar y la que con mayor dicha celebraba la frecuente caída de las bombas en plena gresca.

—¡A rezar por el alma de Calleja!—gritaba y se tendía en el suelo, cómicamente,

lo mismo que los demás, en espera de que estallase el sombrío proyectil.

Su hermana Tere, tan guapa como ella, les acompañaba, y á veces Mari, la devota, dejaba la Parroquia en que velaba algún cadáver, para atreverse á zapatear al son de los “bajos” y de los “requintos” en un claro de la huerta.

El paralítico se hacía entonces conducir, con la esperanza de que Morelos llegase también y lo invitara, cual solía, á jugar una “malilla,” mientras los muchachos se divertían, y allá, al Oriente, rumbo al río, se escuchaban los lejanos escopetazos de los tiradores de Galeana ó el estampido de los cañones del Brigadier Llano.

A medida que los realistas apretaban más duro y más silbaba el plomo de los fusiles de los Batallones de Asturias y de Lovera, y más copiosamente llovían las bombas que enviaban los morteros del Cuartel general de Calleja, más contenta iba Lucha á los puestos avanzados á ofrecer á los bravos costeos que se batían, una sonrisa, una mirada y un trago de aguardiente.

—¡Bendito sea Dios que ha creado hombres como nuestro General y muchachos como tú!—decían, limpiándose los ásperos labios con el revés de la manga de su camisa.

Morelos había dicho:

—Hay algo peor que el hambre, y es el sueño; pero existe un mal más atroz que el sueño: ¡la sed!....

Y Galeana contestó:

—Gracias á Dios, la sed se quita con el agua, y por allá corre mucha—y señaló al Oriente;—¡qué vergüenza que muriéramos de sed habiendo tanta agua!

Los Batallones españoles del Brigadier Llano, sostenidos por una batería y por el reducto de Zacatepec, custodiaban la preciosa cuenca del río y el manantial de Juchitengo.

Pero Galeana sabía caer como tigre sobre tan florida guardia, seguido por escolta alharaquenta y audaz, armada de machetes, lanzas, trabucos, carabinas y fusiles con bayoneta, y mientras se peleaban, los indios de Cuautla rompían las bardas de la presa

y cavaban los "apantles" por donde el agua corría con triunfal murmurio hacia la Villa del Aguila, donde era bebida con algazara épica, ¡como que á veces, turbia y rojiza, sabía á pólvora y á sangre!

Por fin, Galeana hizo edificar, con estupenda bravura, bajo el fuego obstinado y repeliendo las cargas de la infantería española, un alto bastión, al borde mismo del manantial, para defenderlo, heroico centinela avanzado en son de reto constante hacia el campamento enemigo.

La fiesta en celebración de tan culminante hazaña fué, naturalmente, digna de quienes la llevaron á glorioso coronamiento.

Morelos, satisfecho, se presentó en la huerta, donde bajo la pompa del follaje, entre guías de rosas y floridos festones opulentos en plena gloria de Abril, los "muchachos" y las mozas bailaban y cantaban, alternándose, incansables, en un fragor de júbilo vertiginoso que el viento llevaba en ondas musicales por el Valle hasta el Cuartel general de Calleja, cuyo Estado Mayor, atónito, no pudo comprender jamás el prodigio de la locura épica en la Villa del Aguila.

V.

Una tibia noche de fines de Abril, impregnada de silencio y melancolía—el silencio de Cuautla dormido á la luz benigna de la luna—el viejo Don Leonardo Bravo, sin escolta, la carabina al hombro, recorría los puestos avanzados hacia el río.

Penetró en la espesura del platanar, y al punto detúvose escuchando un eco triste y lejano como de una canción ó de una queja.

—¡Ave María Purísima! ¿Quién canta ó reza por ahí?—gritó preparando su carabina.

El fino oído del héroe serrano distinguió la voz; y entonces, atravesando rápidamente el negro bosque, se encontró ante el yaciente cuerpo de Luz.

—Pero ¿qué haces aquí, muchacha?.... ¿qué tienes?....

—Ya lo mira "su mercé".... Me vine á morir aquí, solita, para no entristecer á la gente por allá....

Bravo, inclinado sobre la moribunda, había enmudecido de asombro y de dolor; y al tomar una de sus manos, la sintió ardiendo.

—.... Me dijo que riera, bailara y cantara hasta morir.... y como me miraba tan hondo, y yo sentí tanto gusto como si estuviera en la gloria, le juré cantar hasta morir.... y esta tardecida en Juchitengo me tocó una bala.... no oyeron mi grito.... ¡mejor!.... me escondí para que no se afligieran.... y me vine á morir por acá.... ya no puedo cantar, ni reír.... que me entierren con la Virgen de Guadalupe que me dió la otra mañana.... ¡Ay!.... ahora sí estoy triste, pero no se lo diga "su mercé," no se lo diga....

Un suspiro largo y doliente como un estertor.... Y nada más: la Mariscala de la Alegría había muerto.

Y, ambas rodilla en tierra, los brazos cruzados, Bravo oró ante el cadáver, bajo la bóveda del platanar, como en una capilla, mientras, á lo lejos, en la breve tregua de la paz nocturna, se dilataba, sobre el gran silencio del Valle, la piadosa melancolía de la luna....

F. ZARINANA.